
Tatiana Facio F.

Este ensayo pretende dar respuesta al interrogante que surge cuando el estudio y el análisis se vuelcan al hombre contemporáneo que, visto a través del individuo, de la sociedad, o de la misma persona que interroga, aparece como una gran contradicción. Es la incidencia de un sentimiento de inestabilidad o desequilibrio entre las concepciones teóricas y las consideraciones afectivas o emotivas. Es la presencia del intelectual que descubre la naturaleza del hombre en el intelecto y la niega en la práctica. Es el caso del estudiante universitario que abandona su conciencia histórica al ingresar al mundo del profesional.

Marx habló en *El capital* de una clase trabajadora —producto del sistema capitalista— que por educación, tradición y hábito, veía en ese modo de producción condiciones que correspondían a leyes de la naturaleza. Sin embargo, Marx creía que después de diez, veinte o cincuenta años la clase obrera finalmente se levantaría contra sus opresores e iniciaría el movimiento de la libertad. Cien años han pasado sin revolución y el hombre de la sociedad capitalista no sólo no quiere luchar contra la opresión, sino que no encuentra que la explotación, la injusticia y la desigualdad sean tales. El orden natural de las cosas es éste y la compensación es el entretenimiento y la frivolidad basados en el consumo.

Cada día más nos vemos obligados a cuestionarnos el triunfo de la revolución en los sistemas socialistas, pues entreveremos en ellos situaciones traducibles a los problemas que ofrece cualquier sociedad capitalista.

La gran pregunta aquí es, ¿por qué el hombre puede llegar a desear lo que es contrario y destructivo para su naturaleza?

Se ha intentado encontrar una respuesta basándose en el pensamiento freudiano, ya que es el primero que postula una ciencia cuyo objeto es el inconsciente, y se ve, en todas las contradicciones que se apuntaban más arriba, el “retorno” del inconsciente.

La hipótesis de trabajo es la siguiente: el hombre es un ser de instintos que se ven coartados en el momento en que es arrancado de la naturaleza y

sumergido en el mundo de la cultura, en la sociedad humana. Estos instintos no se destruyen, sólo se obstruyen sus caminos naturales y se les envía por otros que la sociedad determinará. Esta determinación es impuesta en el individuo por la sociedad a partir de la relación edípica y dependiendo de la forma que esta relación tome. Será determinante por la necesidad que tiene el individuo de reprimir la conceptualización del Edipo.

Se ha utilizado la categoría freudiana del "super-yo" pues es la categoría que da una explicación racional y social del fenómeno que se describe, y la que refleja la formación de una estructura psíquica que coincide en el hombre con el orden social existente. Al definir una naturaleza humana en la cual participen todas sus cualidades, a saber, las de orden biológico y las de orden social, se hace coincidir estos dos órdenes en un elemento psíquico que es producto de la disolución de una situación traumática pero ineludible en la evolución del hombre hacia su situación de humanidad y cultura. El super-yo es el agente interiorizado de la continuidad de una circunstancia de choque de lo biológico y lo social, y cuyo producto es la modificación de las conductas instintuales por la sujeción del hombre a un orden legal de instituciones socialmente determinadas.

Al ser el complejo de Edipo el programa que hay que disolver para que surja el super-yo como estructura operante, analizamos éste para tratar de encontrar en él las posibilidades psíquicas que abre a la conducta del hombre.

El descubrimiento del inconsciente obliga al psicoanálisis a afirmar que los procesos psíquicos son todos inconscientes. El núcleo del sistema inconsciente está constituido por impulsos de deseos, representaciones de instintos que aspiran a derivar su carga, energía psíquica que Freud llamó libido. Estos impulsos se hallan coordinados entre sí y coexisten sin influirse o contradecirse, careciendo de relación con la realidad. El instinto es la representación psíquica de una fuente de excitación intrasomática pues se desarrolla en algún órgano o parte del cuerpo.

En el instinto podemos distinguir una fuente, un objeto y un fin. La fuente es un estado de excitación en el soma, el fin la cesación de esta excitación, y en el camino de la fuente al fin, el instinto logra la actuación psíquica —la apropiación del objeto—. Aunque el hecho de nacer de fuentes somáticas es lo decisivo para el instinto, este no se da a conocer sino por sus fines, pues no se tiene acceso a las pulsiones en sí, sino sólo a sus expresiones psíquicas.

La característica más importante para la existencia de la libido, su esencialidad, es el no estar ligada a su objeto. A esta característica Freud le dio el nombre de transferencia y habla de la facilidad con que el instinto pasa de un objeto a otro y explica por qué no conocemos al instinto sino por su expresión.

Para explicar esta movilidad es necesario señalar el aspecto económico del sistema freudiano y que podemos llamar la serie placer-displacer. El sistema nervioso es un aparato al cual compete la función de suprimir los estímulos que hasta él lleguen, a reducirlos a su mínimo nivel, en otras palabras a mantener un nivel de tensión igual a cero. Así una reducción en la tensión provocará una sensación de placer mientras que un aumento de tensión provoca el displacer. Con el aumento de la complejidad aparecen los

estímulos somáticos frente a los cuales no cabe la huida de manera que el aparato aprende a tolerar una acumulación de carga para maniobrar y cumplir con las demandas de la acción específica. La tendencia en el hombre, sin embargo, es la de mantener el principio del placer, cuya primera frustración es ante el instinto de conservación, pues es inútil el placer para la vida del organismo frente al mundo exterior.

La exigencia de la realidad impone así una serie de adaptaciones del aparato psíquico, como en el caso de la conciencia, que aprehende ahora todas las cualidades sensoriales y no sólo la de placer-displacer; la memoria como anotadora de esta actividad; la descarga motora para la modificación adecuada de la realidad y el pensamiento, que permite soportar el incremento de la tensión durante el aplazamiento.

Freud, al enunciar el principio de la realidad, reunió en él todas las limitaciones sociales encaminadas a rebajar las necesidades o a retardar su satisfacción. El principio de la realidad se opone al principio del placer en la medida en que prohíbe completamente cierta satisfacción o en la medida en que obliga al instinto (al individuo) a buscar satisfacción complementaria.

También surgen actividades sometidas exclusivamente al principio del placer y que son el fantasear y la represión. La represión es la separación de instintos de la unidad del yo, pues su satisfacción resulta incompatible, pero que consiguen llegar por caminos indirectos a una satisfacción directa o sustitutiva, y que habiendo constituido una posibilidad de placer, es sentida por el yo como displacer. En este punto debemos recordar que el represor es histórico en la medida que dictamina sobre la incompatibilidad o no de la satisfacción y que es la realidad la que lo exige. De esta manera el inconsciente es determinado por la historia al ofrecerle los objetos sustitutos para sus deseos e imponerle la sustitución como necesidad.

El super-yo es una de las tres “provincias” o instancias que Freud señala cuando su estudio se vuelca a la dinámica del yo, dando razón de la conducta psíquica de acuerdo a la fuerza o debilidad de este sector.

De estas tres instancias la más antigua es la del “ello”, que tiene por contenido todo lo heredado, lo innato, lo constitucionalmente establecido, es decir, los instintos. Expresa la parte biológica de la personalidad. Sobre esta parte la sociedad ejerce una acción modificadora, aceleradora, limitadora y continua, ya que la represión, como dijimos más arriba, es un problema social.

A otro sector de la vida psíquica se da el nombre de “yo” y se organiza como la parte mediadora entre el ello y el mundo exterior. El yo gobierna la motilidad voluntaria y su tarea es la autoconservación. En el interior, frente al ello, trata de dominar las exigencias de los instintos, decide si han de tener acceso a la satisfacción, aplazándolos según las oportunidades y circunstancias que ofrece el mundo exterior o bien suprimiéndolos. El yo despliega esta actividad movilizado por las tensiones que se encuentran en el interior o que se reciben del exterior, cuyo aumento es sentido como displacer y cuya disminución es sentida como placer. Siendo el yo una parte del ello modificada por el mundo exterior, el yo se esfuerza a su vez por transmitir dicha influencia, y aspira a sustituir el principio del placer que allí reina por el principio de la realidad. Por ser esto imposible el yo fuerza la restricción,

promueve la represión y hace caer al hombre en el total dominio del principio del placer: la realidad se obnubila y aparece la ilusión.

El super-yo es una diferenciación dentro del mismo yo, que se separa y entra en conflicto con él. Esta estructura se hace extraña al yo consciente y tiene la posibilidad de dominarlo. Esta fase especial del yo surge de una reconstrucción del objeto perdido; de una reconstrucción por medio de la identificación que permite un cambio de la carga de objeto, y que estructura lo que llamamos carácter. En cuanto a la modificación que esta sustitución ejerce sobre el yo, se puede suponer que es un medio que tiene el yo para dominar el ello y hacer sus relaciones más profundas, a cambio de una mayor docilidad de su parte. Al tomar el yo los rasgos del objeto, se ofrece como tal al ello compensándole de la pérdida experimentada.

De esta manera, aparece la transformación de libido objetal en libido narcisista, produciéndose una desexualización. Así se va estructurando el carácter sobre el residuo de las cargas de objeto abandonadas —“ideales del yo”—. Sin embargo, a pesar de que contiene todas las elecciones de objeto, la identificación primaria, la identificación con los padres es la que intensificará toda identificación posterior: el Edipo.

Freud explica la relación con los padres en base a dos factores: la bisexualidad constitucional del individuo y la triangulación del Edipo; la relación edípica puede tomar distintas formas según su grado de complejidad. El caso simple es el del niño que lleva a cabo una carga de objeto en la madre y se apodera del padre por identificación. Dado el incremento de los deseos sexuales del niño hacia la madre y el reconocimiento del padre como obstáculo para la realización de dichos deseos, aparece el complejo de Edipo como una gran hostilidad hacia el padre y el deseo de suprimirle. La relación del niño con el padre deviene así ambivalente. El sentimiento ambivalente con el padre y la aspiración a la madre constituyen el complejo de Edipo simple. El complejo es completo cuando la ambivalencia se da con respecto a la madre y al padre: amor y odio hacia la madre, amor y odio hacia el padre. Pero de lo simple a lo complejo hay una serie infinita de combinaciones de manera que sólo se puede formular la generalidad: “En la distinta intensidad de tales identificaciones se reflejará la desigualdad de las disposiciones sexuales”.¹

Pero así como el super-yo es el residuo de las primeras elecciones de objeto del ello, también es una formación reactiva contra ellas ya que la formación del super-yo se debe a la represión del Edipo, lo que hace suponer que trae con él una prohibición impuesta por el padre en el complejo. El super-yo conserva así el carácter coercitivo del padre, carácter que se manifiesta como “imperativo categórico”. Su severidad dependerá de la intensidad del complejo de Edipo y la rapidez de su supresión, influida por las instancias represivas sociales, como la religión, la educación, la autoridad. etc.

De lo visto, podemos inferir que intervienen dos factores en la constitución del super-yo. Uno, el biológico, que nos recoge la larga dependencia biológica del hombre; otro, el histórico, que nos habla de esa célula básica socialmente determinada, la familia. En otras palabras, la vida biológica del hombre y su inserción dentro de una sociedad dada.

El conflicto que se establece entre el yo y el super-yo, siendo el super-yo

el heredero de la instancia parental, y el yo la percepción del mundo exterior, será el conflicto entre el mundo exterior y el mundo interior, “la antítesis entre lo real y lo psíquico”.² La lucha que así se establece queda determinada, entonces, por la configuración del complejo de Edipo.

La intensidad del complejo de Edipo, la severidad del padre, la rapidez de la supresión, la imposición de la sociedad, se ve, como se apuntó antes, doblemente intensificada con la aportación que introduce el individuo como formación reactiva sobre el complejo. Este es la prohibición introyectada. Así, la prohibición lo que supone es la entronización de un ideal del yo, al cual el yo se plegará, so pena de castigo. Este ideal del yo, heredero del complejo de Edipo, que ha caído por obligatoriedad, será la expresión de los impulsos más poderosos del ello y la expresión de los más importantes destinos de su libido. En otras palabras, la caída de un Edipo de tal o cual manera estructurado, traerá consigo la estructuración posterior de todo el inconsciente. El Edipo, fenómeno universal, se estructurará de acuerdo a la sociedad en que se desarrolle, de donde se sigue que el contenido del inconsciente será socialmente condicionado.

La religión, la moral, el sentimiento social, todos los aspectos ideológicos de una sociedad, son el producto del super-yo, lo que hace pensar que el super-yo es aquella instancia psíquica que sirve como catalizador para la formación, aceptación e imposición de una determinada ideología, siendo los preceptos ideológicos aquellos que ostente el “Padre” en la relación edípica:

No es difícil demostrar que el ideal del yo satisface todas aquellas exigencias que se plantean en la parte más elevada del hombre. Contiene en calidad de sustitución de la aspiración hacia el padre, el nódulo del que han partido todas las religiones. La convicción de la comparación del yo con el ideal del yo da origen a la religiosa humildad de los creyentes. En el curso sucesivo del desarrollo queda transferido a los maestros y aquellas otras personas que ejercen autoridad sobre el sujeto el papel del padre, cuyos mandatos y prohibiciones conservan su eficiencia en el yo ideal y ejercen ahora, en calidad de conciencia, la censura moral.³

El super-yo se halla colocado en una situación muy especial con respecto al yo. Esto se debe a la fuerza que alcanza aquél por ser la primera identificación que se lleva a cabo —cuando es aún débil el yo— por ser el heredero del complejo de Edipo y por haber introducido así en el yo los objetos más importantes, elementos que determinarán la ulterior modificación del yo y su inserción, positiva o no, dentro de un sistema dado. El carácter que imprime la abolición del complejo paterno se conserva en las influencias ulteriores, y determina la capacidad de oponerse al yo y dominarlo:

Del mismo modo que el niño se hallaba sometido a sus padres y obligado a obedecerlos, se somete al imperativo categórico de su super-yo.⁴

Sin embargo, por ser el complejo de Edipo el origen del super-yo, tiene el término una más amplia significación con respecto a su contenido. Para Freud, esta ampliación del concepto se debe al hecho de que el Edipo entra

en relación con las adquisiciones filogenéticas del ello, convirtiéndose en una reencarnación de formas anteriores del yo, que han dejado en el ello su residuo. Para nosotros, el sentido se amplía, no porque éste recoja residuos de toda experiencia del hombre sobre la tierra, sino porque encontramos en él la estructura dominación encarnada en el padre que surge en cualquier sistema represivo que conserve la triangulación edípica característica del sistema capitalista, en su conformación social. Entonces, lo que el super-yo recoge de su herencia no es el sentimiento de culpabilidad por la muerte del padre primitivo, sino la imposición de un sistema dado, en este caso el capitalista, con sus valores, sus obligaciones, etc. El sentimiento de culpabilidad sería, así, lo que percibe el yo ante el deseo, la idea, o el acto de rebelarse. He aquí el origen del reaccionario.

Al super-yo se le atribuyen las funciones de auto-observación, de conciencia moral, la censura onírica, la influencia principal en la represión y la prueba de la realidad. A pesar de que Freud negó esta última al final, nosotros creemos que es la función básica y la que explica todas las demás. La autoobservación y la conciencia moral responden ambas a la comparación con un ideal del yo. Este ideal del yo es la introyección de una instancia parental por medio de la identificación. El ideal del yo es aquella aspiración impuesta por un modo de ser en el mundo aprehendido en la relación parental. En otras palabras, lo que aquí él aprehende es un sistema de valores dado, cuya violación traerá el consecuente castigo bajo la forma de angustia y sentimiento de culpabilidad. Al introyectar el Edipo, se introyecta el sistema de valores que históricamente sustenta la relación edípica.

La axiología de Marx⁵ nos muestra la importancia de la teoría subjetivista de los valores, según la cual el valor de una cosa no radica en el objeto, sino en el sujeto que la confiere, y la relatividad histórica del valor derivado del rango subjetivo que el valor posee. El vocablo "subjetividad" debe ser entendido no sólo en relación al valor conferido por el sujeto en tanto individuo, sino como sujeto social.

El valor que el sujeto se confiere a sí mismo, a los otros y al mundo, está determinado por la valorización primera que realizó en su relación primitiva, en la cual entran en juego sentimientos, personas y objetos. La solución que el individuo logre del Edipo será la solución que repetirá en su enfrentamiento con él mismo, con los otros y con el mundo. El valor encierra así una relación de orden social, que es la que en última instancia encontramos en la relación edípica.

Es la ideología sobre la que se monta el sistema. El super-yo se edifica como ideología conforme al modelo de los padres mismos, pero más profundamente conforme al super-yo parental. Así, el super-yo es definible como el substrato de la tradición, con todas las valorizaciones que se han transmitido a través de las generaciones. Por esta razón nos dice Freud a propósito del marxismo, que no comprende cómo es posible prescindir de los factores psicológicos en cuanto se trata de reacciones de seres humanos vivos.⁶

También, en un tratado posterior, y refiriéndose de nuevo al marxismo, subraya la importancia del super-yo, representante de la tradición y de los ideales del pasado, y que opondrá siempre un período de resistencia a los impulsos de una nueva estructura económica.⁷

Siguiendo la recomendación de Freud de que es remontándonos a las fuentes de que mana el super-yo como lograremos su significación, se ha intentado un análisis del Edipo basado en autores contemporáneos que se han ocupado del problema desde ángulos diferentes como lo son el psicoanálisis lingüístico y la antropología estructural.

La antropología estructural de Levi-Strauss formula una teoría general de los fenómenos sociales interpretados como procesos de comunicación definidos por sistemas de reglas. Las reglas de que se habla en la perspectiva estructuralista no responden al concepto que se tiene de norma, pues las reglas que definen la comunicación social son inconscientes. De esta manera, el estructuralismo converge con la teoría marxista de ideología y la teoría freudiana de la inconsciencia. El sistema ha sido concebido como un conjunto de elecciones significativas. Así, el estructuralismo afirma la naturaleza simbólica de su objeto. Para Levi-Strauss, si existe un sistema consciente éste sólo puede ser el resultado, como producto de una multiplicidad de sistemas inconscientes, cada uno concerniente a un nivel de la realidad social, y que tiene sus respectivas adherencias históricas. Ahora bien, en este estudio, y haciendo eco de la tesis de André Green, partimos de lo siguiente:

Contrariamente a la afirmación de Levi-Strauss, el descubrimiento freudiano no es una versión del mito de Edipo; es el modelo que permite comprender sus variantes.⁸

La ciencia de la antropología ha comprobado que la prohibición del incesto es la única regla cultural que no tiene excepciones conocidas. Y le debemos a Levi-Strauss el conocimiento de la función que la prohibición del incesto cumple en las sociedades primitivas, como fundadora de la sociedad humana:

Es conocida la función que la prohibición del incesto cumple en las sociedades primitivas. Al proyectar —si cabe decirlo así— las hermanas y las hijas fuera del grupo consanguíneo y asignarles esposos provenientes de otros grupos, anuda, entre estos grupos naturales, vínculos de alianza que son los primeros que pueden calificarse de sociales. La prohibición del incesto funda de esta manera la sociedad humana y es, en un sentido la sociedad.⁹

Siguiendo el trabajo de Levi-Strauss en su análisis estructural de las relaciones de parentesco, vemos cómo la ordenación del parentesco puede subordinarse a una estructura cuya condición es la prohibición de incesto. La relación familiar dentro de la comunidad depende del tipo de sociedad en que se desarrolle; y la sociedad estará condicionada por la prohibición del incesto, y al mismo tiempo, la prohibición será un reflejo y un producto de la sociedad. En otras palabras, la condición mínima para la aparición de la sociedad es la prohibición del incesto; la forma en que la prohibición se ordene será obra de la sociedad en que se desarrolle.

La importancia que estos conceptos tienen para nuestro estudio reside en el hecho de que Freud hace depender la instancia super-yoica de la

disolución del complejo de Edipo, que en todo momento no es más que la prohibición del incesto, determinada por la sociedad en que se desarrolla: el sistema patriarcal de la familia monogámica.

De esta manera pretendemos romper el apoyo del complejo de Edipo —que Freud concibe como operando con la idea de una forma familiar absoluta e inmutable— demostrando que el complejo de Edipo es un hecho sociológicamente determinado, cuya forma se modifica con la estructura social.

El sistema de representaciones es inconsciente. Funciona como un significante que por serlo, le da ese carácter arbitrario. La antropología estructural afirma la naturaleza simbólica de su objeto, y en esta perspectiva, las leyes de parentesco resultan elecciones significativas.

Lo que queremos probar es que la significación que así se establece, la elección significativa tiene como base la triangulación edípica, cuya conformación corresponde al sistema social vigente, con su estructura monogámica.

Dispondremos del complejo de Edipo como del concepto que nos permitirá comprender, en su totalidad, el hecho humano; el complejo de Edipo como fundador del hombre como tal, si concebimos como una ley científica la organización del psiquismo según el modelo triangular. Una vez que se abre la herida, ésta no vuelve a cerrarse, perpetuando el sistema en el ser del hombre.

Jacques Lacan, relevante psicólogo de nuestro tiempo, en su enfrentamiento diario, en la práctica clínica, con las motivaciones inconscientes del hombre ha llegado a teorizaciones que corresponden a nuestra tesis. Valga decir que pertenece a una escuela freudiana y que ha encontrado en la lingüística estructural un acercamiento inteligible a su objeto.

El signo lingüístico está indicado por el algoritmo S/s, significante sobre significado; concepto sobre imagen acústica. Lacan, quien introduce la lingüística en el estudio del psicoanálisis y viceversa, afirma que la innovación de Freud con respecto a Saussure es la relación que media entre significante y significado. Para Saussure, significante y significado están en un mismo plano como elementos del signo; Freud revela un incesante deslizamiento del significado bajo el significante, pues la barra que los separa es la remoción originaria, que ya nunca permite que los dos elementos coincidan. Esta remoción originaria es la identificación y la enajenación edípica, o sea, el momento de la imposición de la cultura sobre la naturaleza, con la prohibición del incesto. En otras palabras, el momento de la entronización de la cultura como estructura inconsciente determinante.

Lacan muestra cómo el pasaje de la existencia biológica a la existencia humana se efectúa bajo la Ley del Orden. Los dos grandes momentos de este pasaje son: primero, el momento de la relación dual, preedípica, en la que el niño sólo se encuentra con su alter ego: la madre, y vive esta relación bajo la fascinación imaginaria del ego, siendo el propio niño ese otro, tal otro, todo otro, todos los otros de la identificación narcisista, sin poder tomar distancia objetivadora. El segundo momento es el del Edipo, momento en que, sobre la estructura dual, surge una estructura ternaria, cuando el tercero, el padre, penetra como intruso en la satisfacción imaginaria e

introduce al niño en lo que Lacan llama el Orden Simbólico, el del lenguaje objetivador que le permitirá decir yo, tú, él.

Según Lacan los dos momentos están dominados, gobernados y marcados por una única Ley: la de lo simbólico; es decir, la del orden humano; el código de asignación, de comunicación, de no comunicación humanas; aquello que es la presencia en acto del Padre, es decir, la Ley de Cultura.

El Edipo es la estructura que se le impone al sujeto que se avoca o a quien se le empuja a aspirar a la humanidad, pues es la estructura que contiene en sí misma la posibilidad y la necesidad de las variaciones concretas en que existe. Estas variaciones pueden ser pensadas y conocidas en su esencia misma, a partir de la estructura invariante del Edipo, porque todo pasaje ha sido marcado por él: el acceso a lo Simbólico bajo la ley misma de lo Simbólico.

El sujeto es carencia de ser, es deseo. La inadecuación del sujeto consigo mismo se debe a su ser carente. Sobre la extrañeza ante sí, el sujeto se constituye como simbólico. El inconsciente, por tanto, es el “discurso del Otro”, es el Otro quien determinará la cadena de significantes que constituye al sujeto.

Si pasamos ahora a los trabajos de Moustapha Saffouan, encontraremos que éstos tienen como premisa que es la identificación con el significante “padre”, o la introyección de este significante (“introyección” término correspondiente a las identificaciones simbólicas), lo que permite el retorno de lo reprimido en las formaciones inconscientes en general. En otras palabras, que es la introyección del padre, para salir del Edipo, el significante que permitirá salir de lo imaginario, y —por medio de lo simbólico— lograr el acceso a la realidad. Sin embargo, el retorno de lo reprimido significará que la apropiación de la realidad que el sujeto lleve a cabo ocurrirá a despecho del mismo sujeto, pues el significante que se introyecte determinará —como es lo propio del símbolo— el significado, prohibiendo cualquier arbitrariedad. La conclusión del autor es que solamente el “padre” “real” puede mediar para que el sujeto dirija hacia fuera de la familia el deseo, conclusión que de nuevo fundamenta nuestra tesis.

El paso de lo imaginario a lo simbólico es el que permite la irrupción de lo propiamente humano, pues señala la posibilidad de objetivar, elemento indispensable para maniobrar en un mundo que se nos ofrece como manipulable. En esta capacidad para transformar y transformarse radica la verdadera cualidad humana. Ahora bien, si como lo hemos entendido en las teorías expuestas, la instancia determinante para el proceso de objetivación, es aquella que niega la subjetividad mediante la oposición, esta instancia lleva en sí las características determinantes para la posterior objetivación. En otras palabras, la manera de oponerse determinará la manera de negarse del sujeto y es en esta negación donde radica la llegada del hombre a la cultura.

Esta posibilidad determinada y determinante está dada por la relación con los progenitores, pues son ellos el encuentro obligado ante la sociedad.

La triangulación edípica es constitutiva del orden humano; el super-yo es una instancia psíquica necesaria para la inserción del hombre en la cultura. Lo que no es constitutivo ni necesario es la determinación que el sistema de propiedad privada de los medios de producción instaure por medio de una familia monogámica de naturaleza patriarcal.

El super-yo es la encarnación del conflicto, primero y último del hombre como ser social y su naturaleza biológica. La solución que encuentre será la solución que tendrá como paradigma en todos los ulteriores conflictos que surjan entre las mismas potencias; esta solución se reducirá a la manera de enfrentarse a un mundo dominante y determinante.

Las adherencias biológicas son aquellas que el hombre trae en cuanto ser biológico: sus instintos por la dependencia durante los años infantiles. La adherencia histórica es la célula social mínima para su desarrollo biológico: la familia. La consecuente modificación de instintos se dará dentro de este marco. La familia será la que procura la estructura psíquica para que la historia se inserte en el individuo, pues es la circunstancia primaria y ejemplarizante de su existencia como ser social.

Dado que la perspectiva de este trabajo es la contradicción que vemos aparecer en el hombre moderno, no debemos olvidar que la familia en que se desarrolla es la familia monogámica, familia que no se basa en condiciones naturales sino económicas¹⁰. Familia que representa el triunfo de la propiedad privada de los medios de producción y que se desarrolla paralelamente a ella, del mismo modo que se ha desarrollado paralelamente a las fuentes de la existencia humana:

La monogamia es la forma celular de la sociedad civilizada en la cual podemos estudiar ya la naturaleza de las contradicciones y de los antagonismos que alcanzan su pleno desarrollo en esta sociedad.¹¹

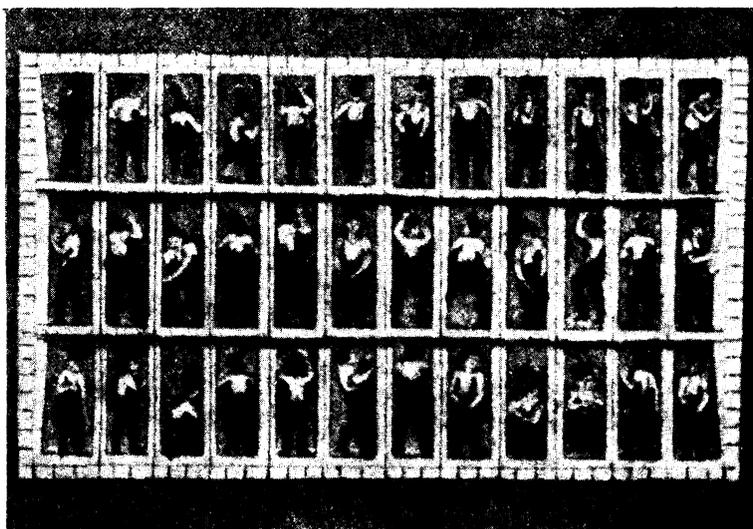
Lo expuesto a lo largo de este trabajo y la cita anterior, nos permite ver la sistematización, a través de la familia, de todas las contradicciones y oposiciones a las que, como individuos, nos sometemos por miedo a ser excluidos del grupo social. Podemos decir incluso, que la familia, en el conflicto que crea con el Edipo y la consecuente instauración del super-yo como internalización de la autoridad, provoca una estructura psíquica que sirve como prisma entre la infraestructura y la superestructura.

Ahora bien, se supone que un cambio en la infraestructura trae un consecuente cambio en la superestructura. Sin embargo, si en el cambio mantenemos una estructura estructuralizante como la de la familia descrita, el cambio en la infraestructura no significará la conquista de la libertad, pues esta infraestructura siempre se verá en el espejo que refleja una sociedad ya superada en sus estructuras pero no en sus fines, pues éstos, por ser las ideas con que el hombre trabaja, mantendrán un modelo contradictorio con lo que el nuevo sistema exige. La familia patriarcal supone la dominación, la sumisión y la búsqueda del yo en algo que no es el yo, la enajenación. Esto es necesario en una ideología capitalista, pero, ¿responde acaso al anhelo de la ideología socialista?

La revolución debe provocar no sólo un cambio en la infraestructura, sino también un cambio en la célula mínima de sociabilidad, la familia, pues este factor determinará la consiguiente actuación del hombre en el seno de la sociedad que se interese en promover.

Fue sabio Freud cuando dijo que para lograr un cambio en los sistemas sociales no era suficiente un cambio de los medios de producción. Quienes integran cada una de estas categorías son hombres de carne y hueso, que

heredan, por su naturaleza biológica y social, una serie de problemas cuyas raíces están en el inconsciente y cuya manipulación sólo debería entregársele a la conciencia. Pero esta conciencia sólo puede cambiar lo que reconoce como constituyente del complejo, la disposición que sufre porque se desarrolla ideológicamente dentro de un marco dispuesto y ordenado por una determinada concepción del mundo, que responde siempre a un sistema económico dado.



CITAS BIBLIOGRAFICAS

1. FREUD, S. El "Yo" y el "Ello". Obras Completas. Vol. III. Trad. de Luis López-Ballesteros. (Madrid: Biblioteca Nueva, 1973), página 2713.
2. Ibid. página 2720.
3. Ibid. página 2715.
4. Ibid. página 2721.
5. CASTILLO DEL PINO, C. "La Axiología de Marx y Freud" en Psicoanálisis y Marxismo. (Madrid: Alianza, 1974).
6. FREUD, S. El porvenir de una ilusión. Vol. II.
7. FREUD, S. El malestar de la cultura. Vol. III.
8. GREEN, A. "El psicoanálisis ante la oposición de la historia y la estructura", en: Estructura y psicoanálisis. (Buenos Aires: Nueva Visión, 1971), página 52.
9. LEVI-STRAUSS, C. Antropología estructural. (Buenos Aires: Universitaria, 1968), página XXXVI.
10. ENGELS, F. El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. (URSS: Progreso, 1976).
11. Ibid. página 63.

BIBLIOGRAFIA

CASTILLO DEL PINO, C. Psicoanálisis y marxismo. Madrid: Alianza, 1974.

ENGELS, F. El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. URSS: Progreso, 1976.

FREUD, S. Obras Completas. Tratado. Luis López-Ballesteros. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

GREEN, A. "El psicoanálisis ante la oposición de la historia y la estructura", en Estructuralismo y psicoanálisis. Buenos Aires: Nueva Visión, 1971.

LACAN, J. Escritos II. Trad. Tomás Segovia. México: Siglo XXI, 1976.

LEVI-STRAUSS, C. Antropología estructural. Trad. Eliseo Verón, Buenos Aires: Eudeba, 1976.

MARX, K. El capital. Trad. Carlos Liacho. Buenos Aires: Claridad, 1933.

SAFOUAN, M. Estudios sobre el Edipo. Trad. María del Pilar Bardullas. México: Siglo XXI, 1974.